

Víctor Candray

La habitación de Manuel

Dramaturgia para
la infancia

LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

Los del Quinto Piso

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2021 y es propiedad intelectual de Víctor Candray (vmcandray@gmail.com). Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora.

Víctor Candray



Víctor Candray nace en la ciudad de San Salvador en el año de 1969. Ha cursado estudios en psicología clínica en la Universidad de El Salvador.

Desde 1994 incursiona en la vida artística con la Compañía de Teatro La Rendija con la que adquiere conocimientos en promoción y producción teatral. A partir de 1998 comienza su preparación actoral participando en los procesos de formación: Escuela Arte del Actor de Filánder Funes (1998), Escuela Nacional de Danza “Morena Salarie” de Sonia Franco (2001), Taller de Formación Actoral El Carromato de Charo Francés (2004) y Teatro Estudio de San Salvador de Fernando Umaña (2005). Su práctica en la dirección escénica la realiza con el Colectivo de Teatro Los Del Quinto Piso entre los años 2007-2018, con los que ha llevado a escena 6 obras de teatro

obteniendo reconocimiento tanto nacional como internacionalmente.

Su práctica escritural la inicia en el año 2018 a partir de los talleres impartidos por Jorgelina Cerritos y su proyecto Didascalía. Ha escrito las obras *Una mañana de clases*, *Paseo en Nueva York* y *La habitación de Manuel*.

LA HABITACIÓN DE MANUEL

PERSONAJES:

Manuel (Narrador Adulto/Niño)

Mamá

Abuela

Noem

Papá

Hija de Manuel

PRIMERA PARTE

Mi madre me apresuraba para que sacara todas mis cosas de la habitación. Yo renegaba y obedecía de mala gana. Comprendía que ella se encontraba molesta por algo. Era como una emoción que no quería dejar salir, que trataba de disimular de la mejor manera, haciendo

todo a la vez: limpiaba, reacomodaba y arreglaba la habitación. Una madre que se multiplicaba por mil. Muchas de ellas en una sola.

Manuel: ¡Pero mamá! ¿Por qué tengo que sacar mis cosas?

Mamá: Dale hijo, ya te explicamos. Tenemos que apoyar a la abuela.

Manuel: Sí, pero... ¿por qué en mi cuarto?

Mamá: ¡Habitación!

Manuel: ¿Qué?

Mamá: Habitación, Manuel. Te lo he dicho cientos de veces. La forma correcta es habitación.

Manuel: ¡Ay, mamá! No es lo mismo pues, habitación que cuarto.

Mamá: ¡No! No es lo mismo. Tenés que aprenderlo.

Mamá siempre fue así. Siempre corrigiendo nuestra forma de hablar. Pero todos sus esfuerzos, con el tiempo, no rindieron buenos frutos.

Manuel: Está bien. ¿Por qué en mi “habitación”?

Mamá: Es la única que hay disponible, donde la abuela va a estar cómoda.

Manuel: Pero... en la de Noem también puede ser.

Mamá: Ella ya es una niña grande y necesita su habitación. Además, es más amplia que la tuya y los podemos reacomodar mejor a ustedes dos.

Manuel: Pero mamá... irme a vivir a la "habitación" de mi hermana.

Mamá: Ya no te quejés y no exagerés con eso de "irme a vivir", mejor apurate, que ya no tardan en traer a la abuela.

Mi mejor actitud en estos casos era hablar por lo bajo, era mi manera de protestar.

Manuel: ¿Por qué la abuela tiene que venirse a vivir con nosotros?

Mamá: ¡No estés renegando, que te escuché! Ya te dijimos que la abuela está pasando por un momento muy difícil y necesita nuestro apoyo. No olvides que sos el nieto favorito de ella y que te ha mimado desde que eras tiernito. ¿Ya te olvidaste de eso?

Manuel: No, pero... perder mi cuarto...

Corregí de inmediato y seguí imitando el gesto que papá hacía cuando también era sujeto de censura.

Manuel: Perder mi “habitación” ahora. Esto nunca había pasado. Cuando la abuela venía a casa se quedaba en tu “habitación” y papá... y papá...

Me costaba decir lo que papá hacía, no solo cuando venía la abuela, sino, también, cuando había pelea en la “habitación nupcial” o cuando venía pasado de copas.

Mamá: Se quedaba durmiendo en el sofá.

Manuel: Sí... papá se quedaba... durmiendo en el sofá.

Mamá: Él no renegaba por eso, como vos lo estás haciendo.

Manuel: ¿Y por qué no se puede hacer lo mismo? La abuela se queda con vos, y papá en el sofá, y yo conservo mi “habitación”.

Mamá: Hoy no se puede hacer así. La abuela viene por más tiempo, no por unos días.

Manuel: ¿Cómo por más tiempo? ¿No es solo por unos días también?

Mamá: Ya te explicamos en qué situación está la abuela. Ahora es cuando necesita de nuestro apoyo. Tenemos que estar con ella y acompañarla.

Manuel: Pero... ¿El abuelo pues, dónde está? ¿Por qué no está con la abuela? Ellos siempre han estado

juntos. Ahora resulta que ya no. Que la abuela viene a vivir con nosotros, yo pierdo mi “habitación” y el abuelo se queda en la casa donde ellos vivían.

Mamá: Mirá Manuel, necesitamos que comprendás. Ya casi sos un niño grande y tenés que ayudar en este tipo de cosas.

Cuando mi madre me llamaba por mi nombre y tomaba esa actitud, sabía que algo serio pasaba.

Manuel: No entiendo por qué la abuela y el abuelo ya no están juntos. ¿Y su casa pues? Ellos tienen su casa. ¿Por qué la abuela no se queda a vivir ahí?

Mamá: Porque ya no puede. Porque el abuelo ya no está.

Manuel: ¡Ya no está! ¿Y dónde está el abuelo? ¿Por qué se fue y dejó sola a la abuela?

Mamá se detuvo, guardó silencio, me miró. Vi en sus ojos vacilación y miedo. Buscaba con su mirada una respuesta que darle al niño que la contrariaba.

Mamá: El abuelo ya no está... se fue... se fue a un viaje... a un viaje del que no va a volver...

Manuel: ¡A un viaje! ¡Se fue a un viaje! ¡A un viaje y él

solo, y no se llevó a la abuela! Pero, ¿por qué hizo eso?

Ella retomó su rutina salvaje de limpiar. Estaba molesta por mi insistencia. Se ocultaba de mí para disimular. Ese día la vi como nunca antes la había visto.

Mamá: No fue decisión de él... es un viaje que tenía que hacer... y lo tenía que hacer él solo... no se podía llevar a la abuela.

Manuel: Y... ¿la casa donde vivían? ¿La casa no se la llevó al viaje, supongo? ¿Por qué la abuela no se queda en la casa mientras el abuelo va de viaje?

Mamá: Porque la casa ya no está. La casa se fue también para que el abuelo pudiera hacer el viaje.

No podía creer lo que escuchaba, cómo se imaginaba que yo aceptaría ese montón de mentiras. Es cierto, era un niño pequeño aún, pero no era un tonto.

Manuel: ¿La casa se fue?... ¿Para que el abuelo pudiera hacer el viaje? ¡No entiendo! ¿Por qué la casa se tuvo que ir? ¡Se fue a hacer el viaje con el abuelo! Las casas no viajan, no pueden hacerlo, se quedan en un mismo lugar, no se mueven,

son fijas, son de ladrillos. Adentro de ellas están llenas de cosas pesadas que tampoco pueden viajar. ¿Mamá, por qué me estás diciendo que la casa se fue de viaje con el abuelo?

Mamá: Porque sí, Manuel, así son las cosas. El abuelo se fue a un largo viaje y para poder hacerlo la casa se tuvo que ir también, y punto. Y mejor apurate que ya es tarde y no tardan en traer a la abuela.

Volví a hablar por lo bajo, ahora más rumiante.

Manuel: El abuelo se fue a un largo viaje... la casa también se fue con él a ese viaje... la abuela se quedó sola y viene a vivir con nosotros... y yo pierdo mi habitación. Sigo sin entender. ¿Por qué tengo que perder mi cuarto?... No, mi cuarto no, corrijo, mi “habitación”.

Mamá: Mejor dejate de quejar y apurate. Tenés que sacar todos tus juguetes y esos zapatos que tenés amontonados... los dibujos de la pared también quitálos. Y dejá de imitar a tu papá con eso de la “habitación”, que a vos sí te va a ir mal.

Fui haciendo todo de mala manera, como un testigo mudo de la destrucción de mi mundo. En ese momento se oyó la voz de Noem anunciando la llegada de la abuela. Ante el anuncio, me da un brinco el corazón. Tiro por los aires lo que tengo en las manos y salgo corriendo dando un fuerte grito de alegría, celebrando la llegada de mi querida abuela.

Ya instalada en la habitación, mi abuela se encuentra sentada en la cama. Se nota cansada y enferma, con visibles dificultades para respirar. Una sonda color verde transparente atraviesa sus fosas nasales. Está conectada a un delgado cilindro de oxígeno. Estoy sentado a su lado, tratando de ensañarle, en la tablet, el uso de mi último videojuego.

Manuel: ¡No, abuela!... Este es para saltar y estos para deslizar, si le das doble clic podés dar saltos cuánticos... con este te hacés invisible y estos son para los láser...

Abuela: ¡Ay, Manuelito! Demasiado para mí. No me alcanzan los dedos de la mano.

Manuel: ¡Es fácil, abuela! Así vas avanzando en los niveles hasta llegar al 80, que es el máximo, y ahí es donde llega a casa el príncipe Odiseo...

Yo voy por el nivel 35 y no me aguanto por llegar al 50... Ese es mi favorito porque es el que me da más miedo.

Abuela: ¿Y qué pasa en ese nivel que te da miedo?

Manuel: ¡Abuela! Ese es el nivel de las sirenas... Es un mar que está inundado de sirenas que con sus extraños cánticos se llevan a las personas hasta las profundidades del mar para que queden eternamente pérdidas. ¡Qué miedo, abuela!

Abuela: ¿El de las sirenas decís?

Manuel: ¡Sí, abuela! Mirá, este juego es la historia del príncipe Odiseo que después de terminar la guerra galáctica, quiere volver a casa. Donde lo espera la reina Penélope, su amada esposa, la que está rodeada de malvados guerreros que quieren capturarla. El príncipe Odiseo tiene que llegar a su casa en el planeta de Ítaca, pero para lograrlo tiene que atravesar mil aventuras: un planeta lleno de monstruos de un solo ojo, el del mar lleno de sirenas, la furia del rey Poseidón y su reino oscuro, el planeta de los vientos y tormentas...

Abuela: Esa historia me parece conocida, creo que ya la

he oído antes.

Manuel: No creo, abuela. Este videojuego acaba de salir.

En ese momento aparece en la puerta de la habitación Noem, siempre con su celular en la mano, permanente internauta de las redes sociales.

Noem: Manuel, dice mi mamá que no molestés tanto a la abue, que ella necesita descansar.

Abuela: No se preocupen, no me está molestando. Dejalo... que me sirve de distracción... Aparte que esta es su habitación, tiene derecho de estar aquí. ¡Verdad Manuelito!

Noem: ¡Ay abue! Usted siempre consintiendo a este mono.

Abuela: ¡Va! Yo estoy bien. Aquí conociendo al príncipe Odiseo y ayudándole a regresar a casa... en el planeta de... de...

Manuel: Ítaca abuela, Ítaca...

Abuela: Ah, sí, el planeta de Ítaca... al que tiene que llegar para salvar a su amada reina Penélope de los villanos del universo... los que tenemos que aplastar y darles una buena lección para que dejen de molestar a las princesitas lindas...

La adolescente internauta hace un gesto de contrariedad con su boca. Se va, dirigiéndome una mirada con su acostumbrada sonrisa burlona.

Noem: ¡Ay ustedes dos, son iguales!

Mi abuela da muestras de cansancio, se acomoda en la cama. La intento ayudar.

Manuel: ¿Estás bien, abuela? ¿Querés que te traiga algo?

Abuela: No... no te preocupés, mi amor... Solo un poquito cansada, pero me acuesto un poquitito... y ya voy a estar bien.

Manuel: ¿Querés que te deje sola? Te puedo dejar la tablet para que jugués un rato, así podés ayudar al príncipe Odiseo a llegar a casa.

Abuela: Eso sería bueno... ayudar a ese señor... don Odiseo, a que llegue a casa... para que salve a su reina. Pero sabes qué... prefiero que esté conmigo mi príncipe favorito. ¿Sabés quién es?...

Me hace cosquillas, dando a entender un doble sentido.

¿No sabes quién es? Te lo voy a presentar, es el

más valiente y guapo de todos los muchachos.

Me vuelve a hacer cosquillas. Yo, riendo, le sigo el juego.

Manuel: No, abuela, no sé quién es.

Abuela: Pues, es el príncipe Manuelito, el que va a salvar a todas las abuelitas del universo.

Reímos de lo lindo, haciéndonos cosquillas mutuamente.

Me acuesto a su lado. Ella me acaricia la cabeza.

Quisiera que este momento fuera eterno.

Abuela: Mira, decime algo Manuelito, ¿extrañas tu habitación?

Manuel: Sí, abuela.

Abuela: ¿Sentís que fue algo injusto que te la quitaran?

Manuel: Sí, abuela.

Abuela: ¿Te gustaría volver a ella?

No se cómo decirle que sí, me apena. Me vuelvo tímido ante ella.

Manuel: Sí, abuela... pero me gusta que estés aquí.

Abuela: ¿Que esté aquí pero no usando tu habitación?

Creo que lee mis pensamientos. Me apeno aún más.

Manuel: No, abuela... Lo que no entiendo todavía es por

qué el abuelo tuvo que hacer ese largo viaje
llevándose la casa de ustedes.

Abuela: ¿Cómo? ¡Que el abuelo se fue a un largo viaje y se llevó la casa de nosotros!... ¡Vaya, qué cosa! ¿Tu mamá te dijo eso?

Manuel: Sí, abuela.

Abuela: Ya veo. A ella siempre le costó enfrentar las cosas. Desde chiquita fue así.

Manuel: Abuela, ¿por qué te dejo solita el abuelo?

La abuela sonríe con su ternura habitual. La veo más vieja y cansada, pero se repone, como siempre lo hacía. "A malos tiempos, buena cara", ese fue su dicho favorito. Una especie de mantra para la vida.

Abuela: Mira Manuelito, te voy a contar algo, pero algo que es un súper secreto. ¿Querés saberlo?

Asiento ante el misterio.

El abuelo no siempre fue el abuelo que conocimos.  l era...  l era... ¡un lobo marinero de mar!... que viajaba por todo el mundo conociendo lugares insospechados; desde los lugares más bellos, hasta los más salvajes...

Me deslumbra con su narración llena de misterio.

Me preparo para continuar escuchándola. Estoy seguro que algo bueno viene.

Después de haber pasado por miles de aventuras llegó a estas playas, donde nos conocimos, nos vimos a los ojos y nos enamoramos. Casate conmigo –me dijo- y te llevaré a conocer el mundo. Te convertiré en una loba de mar.

La abuela aúlla como lobo. Me quedo petrificado ante al aullido de la abuela.

Y tendremos una casa en el lugar más bello de la Tierra. Entonces, yo le contesté que estaba bien, que me quería casar con él, pero que eso de irme por el mundo y convertirme en una loba de mar podía ser despuesito, que tenía que hacer varias cositas antes... y que también eso de vivir en un paraíso terrenal, podía esperar. Cuánto - me preguntó- con una voz tan potente que hizo temblar los cinco continentes de la Tierra. Después - le contesté-, el tiempo lo dirá.

La abuela guarda silencio, la tristeza se asoma a su mirada.

¿Y sabés qué, Manuelito?... El tiempo ya lo dijo.

Se sacude la tristeza y retoma la alegría.

Así que el abuelo se adelantó para preparar todo y convertirme en una auténtica loba de mar.

La abuela aúlla con más fuerza.

Y poder vivir en ese paraíso que tanto me había prometido. Por eso se llevó la casa, para tenerla linda a mi llegada... ¿Ajá? ¿Qué te parece Manuelito? Los abuelos viviendo allá, en un paraíso perdido en las aguas del mar del Sur... Sin que nadie nos moleste y disfrutando de la vida...

Aúlla con un largo gesto.

Así que, cuando yo ya no esté aquí, ya sabés dónde me voy a encontrar...

Con complicidad vuelve a aullar.

Manuel: Pero abuela, ¿cómo voy hacer para verte?

Abuela: ¿Para verme? ¡Ve que chiste! Si el chiste es que yo voy andar viajando por los confines del mundo. Cuando nos cansemos, nos vamos de vacaciones a nuestra casita... recuperamos fuerza y volvemos a viajar.

Manuel: Pero entonces, ya no te voy a ver abuela.

Abuela: No pues... Mira, podemos hacer una cosa. Cuando nos tomemos vacaciones de tanta viajadera que hagamos, podés llegar a visitarnos... ¿Qué te parece?

Por supuesto que acepto la propuesta.

Pero conste, que vamos a agarrar una de viajar, que nos va a llevar mucho tiempo. Tengo que ganarme mi título de loba de mar.

Ahora aúlla con dificultad.

Manuel: Abuela, ¿y cómo voy a saber cuándo van a estar en la casa?

Abuela: ¡Ah!... Yo te voy a mandar una señal... ¡Una señal secreta solo para vos!

Manuel: ¿Cuál, abuela?

Abuela: En su momento lo sabrás... todo en su

momento... el tiempo te lo va a decir. Cuando la veás, solo vos vas a saber que es la señal secreta... Pero conste, que tiene que pasar mucho, mucho tiempo antes que te la mande... Porque yo voy andar viajando de lo lindo.

La abuela vuelve a aullar, lo que le provoca un ataque de tos. Mi madre llega apresurada tratando de auxiliarla. Me lanza una mirada de reproche.

Mamá: Ay, Manuel, te dije que no agitaras tanto a la abuela, mira cómo se puso ya.

Abuela: No lo regañés a él, no es nada, yo estoy bien. Lo que pasa es que este aire se me va por otro lado cuando me río.

Ríe de su ocurrencia. El ataque de tos sigue. Mi madre se apresura a traerle varios medicamentos. La abuela me mira.

Abuela: Usted no se preocupe mi rey, recuerde lo que estuvimos hablando. Ahora vaya a jugar por ahí, mientras la abuela descansa un poco.

Me abraza y me da un beso. Su hija, que es mi madre, hace varias cosas a la vez. Me indica que salga de la

habitación. En el umbral de la puerta vuelvo a ver hacia la cama, la abuela me sonrío y me guiña un ojo, haciendo el gesto de aullido de lobo. Yo con una enorme sonrisa la imito.

De haber sabido que ese día sería el último en ver a la abuela, hubiera aullado más fuerte. Tan fuerte, que mi aullido llegara hasta los confines de la tierra, donde con seguridad ella estaría navegando.

Las luces de la ambulancia me despertaron. Noem no estaba en su cama. En la casa había un sigiloso alboroto. Mamá y papá, apresurados, entraban y salían de la casa. Me dirigí hacia mi habitación, la abuela no estaba. Noem se acercó por detrás y me abrazó, un extraño gesto de solidaridad, viniendo de ella, pero me gustó la sensación. Suavemente, me condujo de regreso a su habitación y me arropó en la pequeña cama que habían instalado para mí. Siguiendo con su extraña ternura, me acarició la cabeza y se quedó conmigo hasta que pude conciliar el sueño nuevamente.

Esa noche, soñé con el mar del Sur, con osados marineros, lobos de mar y con una hermosa casa en una isla solitaria y salvaje.

SEGUNDA PARTE

Manuel: Pero mamá, ¿por qué no me puedo pasar a mi habitación?

Mamá: Todavía no lo podés hacer Manuel.

Manuel: ¿Por qué no?

Mamá: Ya te explicamos. Con tu papá tenemos que arreglarla y hacerle otras cosas.

Manuel: Todos estos días la abuela ya no vino, mi habitación está libre... ¿Por qué no puedo volverla a ocupar?

Mamá: Tenemos que sacar las cosas de la abuela todavía y hacerle una buena limpieza. Te has dado cuenta que yo no he estado del todo en la casa, ¿verdad? Lo de la abuela me ha tenido corriendo de aquí para allá y ya no doy abasto. ¿Podrías ser un poco más comprensivo y esperar unos días?

Manuel: La abuela ya no va a regresar, ¿verdad?

Mamá guardó silencio. Por primera vez en todos estos días se detuvo, tomando esa actitud que era bien de ella; la de distanciarse de todo. Esa forma de ser de ella en la que la sorprendí varias veces, quizás, desde siempre: no

veía, no escuchaba, no se movía. Su mirada se perdía en un infinito desconocido. Si me preguntaran qué imagen tengo de mi madre, diría que esa. Ahora me gusta pensarla como la reina Penélope mientras espera que su príncipe guerrero vuelva a casa.

Papá llega desde la calle y nos interrumpe. Ante mi presencia, empiezan a hablar entre susurros y códigos.

Papá: ¡Ya!

Mamá: ¿Ya estuvo?

Papá: Sí, todo en orden. En el “bank” se pusieron un poco rancios pero al final se pudo hacer. Y en... allá, en el “hotel”... por fin liberaron el... Solo los de la “fune” pudieron entrar y ellos se van a hacer cargo de todo. El ministerio no da permiso de nada. Así se está yendo la gente... sin nada... ni despedidas, ni ceremonias, ni familiares...

Mamá: ¿Y mi hermana?

Papá: No me dejaron verla. Solo me explicaron que la van a ingresar al nivel 1 de la “u- ce- i”. Al tener ella toda la carga del cuidado de tus papás, estuvo más en contacto con ese “bicho raro” que anda dando. Le llaman carga viral.

Mamá: ¿Creés que...?

Papá: No sé. Pero no estaría demás tomar nuestras precauciones. Tu mamá estuvo aquí y vos también estuviste yendo a cuidarla.

Mamá: Yo no siento nada.

Papá: No explican nada de la “cosa esa”, pero a los afectados, todo el mundo los mira mal. Tratan como apestados a los que mueren...

La voz de papá se va apagando ante la palabra. Ambos se miran entre sí y vuelven a ver hacía donde yo estoy. ¿Por qué papá no terminó la palabra mueren?

Mamá: Bueno, y qué le vamos a hacer. Es algo que les tocó a los viejos.

Papá: Al principio se creía que sí, pero con el tiempo se está viendo que es parejo.

Mamá: Quizás sí, porque mirá como le está tocando a la Camencha... Pero ella siempre ha sido una mujer fuerte... Va a salir de esta... Ha de ser solamente cansancio y estrés.

Papá: Ojalá que sí...

Mamá: Ojalá...

A partir de esos días la casa empezó a tomar un matiz

diferente. Las clases de la escuela se suspendieron y ya no salía a jugar al parque de la colonia. En el mundo se había desatado una pandemia de un virus, “asociado a la familia de los corona: el SARS-CoV-2”. La OMS, que era “la Organización Mundial de la Salud”, había impuesto “medidas de bioseguridad y protocolos de atención a las personas infectadas” y a las que... “morían”. De todo esto me enteraba. Sí, era cierto que era un niño pequeño a punto de ser grande, pero no era un niño tonto. ¡Para nada! Era un niño que sabía lo que estaba pasando a su alrededor. Comprendía muchas cosas, hasta lo que significaba “morir”. O quizás no; sabía qué era morir, pero no comprendía la muerte.

Mamá: Pero... ¿cómo me está diciendo eso doctor? Me dice que en pocos días mi hermana pasó del nivel 1 al 3, que es el más crítico... y que en esos pocos días mi hermana no aguantó. ¿Y los medicamentos, pues? Pasó casi un mes en el hospital... y en lugar de ir mejorando se puso cada vez peor... No nos dejaban ni verla... Yo no sé qué le pasó a mi hermana, no sé cómo fue ese momento... no estuve con ella... y viene ahora usted y me dice que...

Esa tarde, en el teléfono, todos presenciamos el desmoronamiento de mamá.

Mamá: Sí, doctor... mi papá y mi mamá... y ahora mi hermana. Usted ve lo que nos está pasando... De la noche a la mañana me he quedado sin familia. ¿Cómo me explica eso? ¿Por qué nos pasó esto doctor?... Mi papá fue primero y luego mi mamá... Sí, a ella... a mi hermana le tocó atenderlos la mayor parte del tiempo... No sé cómo... Pues mi papá... como nunca nos decía nada, no sabemos exactamente cómo le empezó. Él tomaba sus menjurjes y así se curaba de todo... ya cuando vinimos a ver, estaba muy mal... fue cuestión de tratamientos, doctores y hospitales...

Su voz, quebrada, emitía frases inconexas e incomprensibles. Sus manos temblaban al pasarse de una a otra el teléfono. Todo su cuerpo estaba tenso. Ahora sus ojos ya no podían contener las lágrimas.

Mamá: ¡¿Yo... doctor?!... Pues yo estoy bien. Solo una pequeña gripe que ando en estos días. ¡Nada importante!... Bueno, sí, ya varios días... Lo

que da en una gripe, de esas que vienen y van todos los años... Bueno, un poco de fiebre, leve, dolor de cabeza, congestión nasal, leve también... El cuerpo también un poco, sobre todos las articulaciones, pero nada que no me deje hacer las cosas de la casa... Bueno, he tomado lo que se toma para las gripes... Un poco... también un poco... Pero eso es normal, ¿no? La comida se vuelve insípida y los olores... No, no me la he hecho... es un gasto que no podemos asumir... ¿Cree usted que es necesario?... ¿Pero cómo voy a hacer eso? Nuestra casa es pequeña, no hay lugar para... ¿Cree que sea lo mismo?...

Mi madre siguió con su pequeña gripe y se instaló en mi habitación, a la que no nos dejaban entrar. Entre mi papá y mi hermana se hicieron cargo de la casa. El rostro de Noem había cambiado, ya no era el de una adolescente despreocupada. Ahora se miraba tenso, concentrado todo el tiempo. Casi se empezó a parecer al de mamá.

Manuel: ¿Cuándo va a venir la tía Camencha?

Mamá: Ella... no... no va a venir por un buen tiempo.

Manuel: ¿Por qué?

Mamá: Tiene que atender unos asuntos que solo ella puede hacer.

Manuel: ¿Y mi habitación cuándo la puedo ocupar?

Mamá: Después... por ahora no...

Manuel: Pero vos tenés tu habitación, podés pasarte ahí. ¿No sé por qué tenés que estar en la mía?

Mamá: Por ahora aquí tengo que estar... es lo mejor... mientras me pase esta gripe.

Manuel: Ya no quiero estar en la habitación de Noem.

Mamá: Así tiene que ser. Lo recomiendan los doctores... Es por el bien de ustedes... Y ya no estés entrando más, tenés que quedarte afuera.

Manuel: ¿Verdad... que la tía Camencha...?

Mamá: La tía Camencha... ya no está... Ahora, mejor pensemos en ella como una estrella que brilla en el cielo...

Ahí estaba otra vez, esas frases hechas que usan los adultos para explicarle la muerte a los niños. Eso me molestó; que me siguieran tratando como un niño pequeño.

Manuel: Ya sé que no va a venir. No tenés que mentirme. Ya sé que la tía murió.

El rostro de mamá se congeló. Su voz titubeo.

Mamá: Bueno... si ya lo sabés... no tenés que preocuparte... no pasa nada... son cosas que pasan.

Manuel: Lo he sabido todo el tiempo. Solo ustedes insisten en mentirme. Yo sé que la muerte existe y que alcanza, tarde o temprano, a todos los seres vivos: plantas, animales y personas.

Mamá: Bueno, calmate. No tenés que preocuparte por eso.

Manuel: Sé que le pasó al abuelo y a la abuela... y ahora a la tía Camencha. No tienen por qué inventarme historias de viajes, estrellas o paraísos.

Mamá: ¡Calmate, Manuel! Este no es un tema para hablar con niños. En su momento lo tienen que comprender.

Manuel: Sé que la gente se está muriendo en todo el mundo, mamá. No pueden ocultarme eso.

Mamá: La muerte, Manuel...

Manuel: La muerte es la ausencia de vida... y ya.

Mamá: No es tan fácil como eso Manuelito...

Esta vez, el que se quedó congelado fui yo. Pocas veces, de las que yo recuerdo, mi madre me llamaba así. No era que no lo podía hacer, sino, el hecho de representar su vulnerabilidad en esa expresión. Por primera vez, vi a mi madre así, ante mí, vulnerable. Desprotegida de toda esa coraza de seguridad que siempre había proyectado. En esa insistencia incansable de protegerme del tema de la muerte. Protegerme de qué... no lo entendía.

Manuel: La muerte es la muerte mamá... es algo natural. ¡Todo el mundo muere, muere, muere!

Mamá: ¡Hijo!... Por favor, no te pongás así. No tengas miedo, nosotros estamos aquí, con vos.

Manuel: ¡Es que mamá! ¡¿Por qué me dicen cosas como que el abuelo se fue a un largo viaje y además, con la casa auestas, que la abuela se fue a vivir a un paraíso en la mar del sur, o que la tía Camencha ahora es una estrella que brilla en el cielo?!

Mamá: Es para protegerte, para explicarte las cosas en su momento. Esa es la vida, entender cada cosa en su momento. No tenés por qué correr con eso.

Manuel: Ya no soy un niño pequeño, mamá... ya estoy grande. Y sé que la muerte alcanzó al abuelo, a

la abuela y a la tía...

Mamá: ¿Y si me alcanza a mí también?

Manuel: ¿Cómo? ¿Qué decís?... ¡No!... Las mamás no mueren.

Mamá: Pero... la abuela era... Sí, Manuel, no mueren... Pero, ¿y si pasa?... ¿Si la muerte me alcanza a mí también?

Desperté sobresaltado, agitado. Con un profundo dolor que me atravesaba el pecho. Desperté sollozando, con ese extraño llanto de los niños grandes que lloran como pequeños. Noem, llegó a mi cama y me empezó a calmar. Me decía que había sido un mal sueño. Que ya todo había pasado. Que estaba ahí, conmigo.

Me encontraba flotando en medio de una niebla espesa, sabía que estaba rodeado de agua, la sentía bajo mis pies. Por más que caminaba, hacia un lado u otro, no llegaba a ninguna parte. De la profundidad de la niebla, de repente, vino hasta mí la voz de mamá que decía: ¿Y si la muerte me alcanza a mí también? En ese momento, sentí que un agudo dolor me surgió desde lo más profundo del pecho. Empecé a sollozar. Corría de un lado a otro buscando a mamá.

Fue entonces cuando comprendí. Comprendí el verdadero significado de la muerte. No solo era la ausencia de vida de todo ser orgánico, como me lo habían enseñado los libros de texto, sino, el dolor que esto nos producía, la pérdida, la usencia, el vacío que nos dejaba.

Nuevamente, desde la profundidad de la neblina empecé a escuchar unos extraños cantos que se acercaban: ¡¡Son las sirenas de Odiseo que vienen por mí!! –pensé– sobresaltado. Sobre mi ofuscación, escuché la voz de mamá, llamándome. Fue en ese momento que desperté.

Ya con el tiempo, pude recuperar mi habitación pero nunca más pude volver a dormir solo. En las noches despertaba sobresaltado, sudoroso, creyendo escuchar los cánticos de las sirenas. Entonces corría a la habitación de Noem, en la que mamá había dejado instalada, la pequeña cama, sabedora de mis miedos y llantos nocturnos.

Ahora que soy un hombre adulto prefiero no saber muchas cosas. Me gusta pensar en el abuelo, con su casa a cuestas, de camino hacia ese paraíso perdido. En la abuela navegando en la mar del Sur, aullando como toda una loba de mar. Y en tía Camencha como una

brillante estrella que ilumina la noche... Y en mamá... en mamá... En mamá parada en la playa frente a un mar embravecido... llamándome... llamándome para que no me lleven las sirenas a las profundidades del mar... ¡Manuel! ¡¡Manuel!! ¡¡¡Manuel!!!

TERCERA PARTE

La misma habitación de Manuel.

Sentado en su antigua cama, Manuel está iluminado por una lámpara de noche. Arropa a su hija, una niña pequeña a punto de ser grande, que duerme apaciblemente.

Manuel: Y así... así vivimos aquellos tiempos. Te cuento todas estas cosas aquí... en la que por mucho tiempo fue mi habitación... Te las cuento para que sepás, que la forma en la que pude sobrellevar el dolor, fue a través de la ilusión... de la ilusión de pensar a mis seres queridos en un lugar mejor y así conservarlos cerca de mí...

Manuel es interrumpido por la llegada de su mamá.

Mamá: ¿Ya se durmió?

Manuel: Sí, al fin se quedó dormida. Ha estado muy inquieta... también por el viaje... Espero que esta idea le haga bien.

Mamá: Bueno, esos cuentos de horror no ayudan mucho. Pero sí, tené la seguridad que sí, le va a hacer bien. Los niños son fuertes. Pueden superar las cosas más difíciles. Mírate vos.

Manuel sonríe.

Manuel: ¿Noem ya llegó?

Mamá: Sí. Se vino antes para conocer, por fin, a la hija de su hermano.

Manuel: ¿Y papá?

Mamá: Fue a la tienda por algunas cosas para la cena.

La niña queda iluminada por la luz de la lámpara. Duerme apaciblemente. Al fondo el re-encuentro familiar.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
El Salvador 27 de marzo 2023